



PIDIENDO CUENTAS

Dib. TONO.—Madrid.

—¿Y te enfadas conmigo porque me han visto en la misa de doce?  
—Lo que me molesta es que te han visto allí con Rosario.

# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (3 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (6 ).....	10,40 —
Año (12 ).....	20,80 —

### PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (3 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (6 ).....	12,40 —
Año (12 ).....	24,80 —

### EXTRANJERO

Unión Postal

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

### ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 9,50
Año.....	\$ 12,00
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLIN

Gran premio

Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre es-  
ta marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin molestarla ni perjudicar para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

**Angelical Cutis LIQUIDO** (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y fina inenarrables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (frío, manchas, rostros grises, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

**Pelífero Belleza** Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebeldie que sea la calvicie.

**Loción Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobren los rostros marchitos o enviciados lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensivo, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza. CREMA ALMENDROLINA.** Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La **CREMA ALMENDROLINA**, marca **BELLEZA**, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

### ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin fétidos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Cañarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sarri, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

## CUPÓN

correspondiente al núm. 167

es

### BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

6.—Un general.

CUBRECABEZAS

500

EN EL MAR NEGRO

7.—Planta.

—Ya sé que le cuega la dos-dos-tercia a tu señora. ¿La cuidas bien, eh?

—En cambio la tuya está hecha una prima-dos-tercia.

—[La más esbelta de prima dos-cuarta, si que sí]

—Sí; muy distinguida —pero bien arregla las aillas con todo.



SOMBREROS  
**BRAVE**  
6 · MONTERA · 6

8.—Pájaro.

LA MUJER DEL ORO  
SUSTRA MEDIA COPIA DE ORO

## Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de febrero.

9.—En Recoletos y lluvia.

CABREIROA  
DIESTRO PERITO  
H<sup>2</sup>OO

10.—¿Qué tienen las de los pueblos?

ADOS E BAILE O  
NOTA GRACIA NOTA

**LOS**

famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑIA

**SON**

infalibles para la destrucción de toda clase

: :: de insectos :: :

Los ejemplares atrasados de

**BUEN HUMOR**

correspondientes al año 1924, se venden en esta

Administración al precio de CINCUENTA céntimos.

Los de años anteriores, al de UNA peseta.





## Los entusiastas

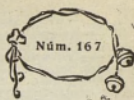
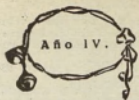
partidarios de los deportes son también convencidos partidarios del

## AGUA DE COLONIA AÑEJA

Conocen la deliciosa sensación de bienestar y frescura que proporcionan, después de las violencias del ejercicio físico, unas buenas fricciones con esta exquisita Agua de Colonia, compuesta de alcohol neutro de 90° y esencias concentradas de flores y frutas. Es un eficaz estimulante de la energía física. Tonifica los nervios y da a los músculos agilidad y vigor.

Frasco de litro, 15 pts.; frasco pequeño, 2,50  
en toda España.

PERFUMERÍA GAL. -- MADRID



## EL AZAR



**S**i, ya sé que en España hay determinados individuos que tienen una idea capciosa de la lotería, que creen que eso de los premios es una farsa, que suponen en el Estado un espíritu maquiavélico, apto para allegar por ese medio incalculables ingresos. Nada más lejos de la verdad. Los premios existen. Y se pagan. Puedo dar fe de ello. Lo que sucede es que, esas personas a las que acabo de referirme, son en su totalidad abonados que han ido persiguiendo un número con tenacidad admirable durante muchos años, pero que al fin se desalentaron. Y la pérdida de una esperanza lleva irremisiblemente al excruciantismo.

Hay, sin embargo, abonados capaces de permanecer en su puesto toda la vida. Así como la indiferencia o el desdén de una mujer sirven para avivar la llama romántica del enamorado, la volubilidad de la Fortuna mantiene la ilusión del abonado en una perenne tensión. A veces, cuando su entusiasmo flaquea o su fe comienza a apagarse, la diosa se le aproxima y su aliento cálido le da nuevo vigor.

—¡Caramba! ¡Por un número! —exclama el abonado. Y, con el alma iluminada de esperanza, persiste en su magnífico propósito. Mientras, la Fortuna abre sus alas y se pierde muy alto, allá muy lejos...

No puede negarse que el hombre que aspira a un premio—aunque sea de la lotería—, es un hombre digno de la mayor consideración. Yo le admiro, sinceramente. Creo que en nada mejor puede empeñarse tan supremo esfuerzo de voluntad. Esa misma actitud de duda que, ante el problema de la felicidad adoptamos las demás personas, el abonado no la conoce. Su ilusión se mantiene indemne a través de los

más diversos avatares. Suelen citarse casos extraordinarios de fidelidad a un número; pero ninguno tan emocionante como el que yo conozco. Hace de esto ya bastantes años y, no obstante, cada vez que lo recuerdo...

El señor Martínez era oficial de una Notaría. Muy joven—casi un niño—, quedó huérfano. Antes de morir, su padre le llamó a su lecho de agonizante.

—Hijo mío—le dijo—. Voy a dejar este mundo. Pero no quiero desaparecer sin que antes me jures que cumplirás fielmente el encargo que voy a hacer.

Metió una mano debajo de la almohada y sacó un papel arrugado. El niño escuchaba, intrigadísimo.



—Esto—prosiguió—, es un billete de lotería. Fíjate bien en el número y guárdalo en tu memoria. Este número, hijo mío, lo jugó toda su vida mi abuelo y sus ascendientes más lejanos. Jamás fué agraciado con un premio, pero no desconfío de que la suerte sea algún día más benévola con él. Persevera en este culto. Júrame que siempre, aunque te falte para la comida, lo comprarás mensualmente.

El chico juró, emocionado.

—Ahora—terminó el padre—, puedo morir tranquilo. Lo único que siento es dejarte sólo y no alcanzar el día del próximo sorteo.

En seguida, expiró.

El joven Martínez heredó de su progenitor, juntamente con la obligación sagrada de jugar, el puesto de escribiente en una Notaría. Puedo afirmar que en ambas cosas cumplió como bueno, aunque la suerte le fuese adversa en la primera. Pasaron los años. El muchacho hizo-se hombre. Prosperó. Su envidiable habilidad para llenar con media docena de palabras toda una página, dejando márgenes increíbles, le ganó la confianza del notario. Poco después, nombró oficial. Martínez aceptó, como de costumbre. La generosidad del jefe llegó a tal grado, que le pagaba tres reales por pliego. Ello le permitía ganar seis o siete pesetas diarias.

Entonces pensó, naturalmente, en crearse una familia. Contaba para mantenerla con el producto de su trabajo y con la esperanza—acaso remota, pero siempre posible—del premio gordo. Casóse. Tuvo tres hijos. Él y su mujer procuraron inculcar en las pequeñas almas aquel admirable espíritu de abnegación. Y en las tiernas almas infantiles fructificó la semilla.

Pero un día, Martínez pudo notar, emocionado, que su vista empezaba a debilitarse. Sufrió en silencio la amargura de su situación,

DIB. SILENO.—Madrid.

hasta que la pérdida absoluta del órgano visual le hizo participar su desgracia. La Misericordia dejó caer su garrucha fuerte sobre la humilde familia. Y el pobre ciego, en medio de las tinieblas de su vida, no tenía más que un recuerdo tenaz. En vano quisieron persuadirle de que aquella pretensión era ya quimérica. Él repetía incesantemente:

—¡El billete. ¡No olvidéis comprar el billete!

¿Cómo comprarlo? Fue entonces cuando la más pequeña de las hijas —como sucede en los cuentos— tuvo la idea salvadora. «¿Por qué el padre no se dedicaba a vender billetes? Así

podía quedarse todos los meses con su número.» Pareció a todos tan acertada, que en seguida se llevó a la práctica. Escogieron un sitio céntrico, donde la venta fuese fácil, y allí Martínez ejerció resignado su nuevo oficio.

Llegó el invierno, un invierno cruel. Los transeúntes pasaban de largo, a pesar de los insistentes requerimientos del ciego. Una noche—noche de nieve y de ventisca—, la situación de Martínez era desesperada. La mujer estaba gravemente enferma; las hijas llevaban dos días sin comer. Necesitaba recabar algún dinero con que remediar a los suyos. Con inspiración súbita, sacó del bolsillo interior del chaleco,

donde lo tenía muy dobladito, el billete del abono, y con acento que extrañaban los sollozos, comenzó a vocear:

—¡La suerte! ¿Quién la quiere? ¡El último que me queda!

Salía gente de un teatro inmediato. Un señor elegante se le acercó y le compró el billete íntegro. Al pagarle, brillaron en su mano los resplandores de una piedra preciosa. En seguida subió al automóvil, indiferente a la tragedia silenciosa que dejaba atrás.

Fue aquella la única vez que el billete se selló premiado...

PEDRO GARCÍA VALDÉS

## GALERÍA PINTORESCA

# ENSALADA POÉTICA

### XVII

#### *El poder del tiempo.*

*¡Todo lo muda el tiempo, fills mia, de manera tan ávida y liviana, que mi barba que hoy ves hirsuta y cana como la endrina fué de negra un día!*

Un gabancito azul que yo tenía el tiempo lo mudó en americana y él convirtió, porque le dió la gana, en llorosa tristeza mi alegría.

El tiempo me mudó... mas que el casero, y mudó mi reloj en *papeleta*, y a mi mejor amigo en mi usurero.

*Sólo una cosa no mudó y respeta; y es que si antaño me faltó el dinero... hoy sigo sin tener una peseta.*

\*\*\*

#### *Anacreóntica*

*De tus rubios cabellos dorados como un asna a fuerza de lavártelos con agua oxigenada, hizo el Amor la cuerda para el arco que mata, y que travieso y loco lo maneja con maña.*

*«¡Ahora verás si burlas de mi poder!»—clamaba, y tomando una flecha me la lanzó afilada, pero quebró la cuerda por débil y por falsa... ¡y no llegó a clavarle donde él y tú pensabas!*

\*\*\*

#### *¿Qué será yo?*

Si yo pido dinero, me lo niegan;  
si me piden dinero, no lo niego;

jamás accede nadie a mi ruego  
y en cambio accedo a todo si me ruegan.

Voy a esperar a todos los que llegan  
y nadie a mí me espera cuando llego.

Se dice que yo soy muy mujeriego  
y jamás las mujeres se me entregan.

Al que se acerca a mí, siempre le atiendo,  
el dinero que ves no lo escatimo

y mis bienes los doy y no los vendo.

Y al preguntarme ayer, porque me estimo:

«¿Qué será yo, señor, qué no comprendo?»

Me respondió una chula:—¡Pues un *primio*!

\*\*\*

#### *Soledades.*

*A mis soledades voy de mis soledades vengo, pues para pensar en ellas, me basta con mis recuerdos.*

No sé que tienen las chicas de este nombre sandunguero, que con quererlas yo tanto no puedo quererlas menos.

Soledad, la cupletista, me engañó con un torero y otra Soledad, la *Rubia*, se fué buscándola al Metro.

Soledad, la cigarrera, me dejó plantado en seco por un marqués, a quien dicen que se vendió por dinero.

Y así todas me dejaron y todas así me huyeron, unas por carta de más y otras por carta de menos.

Y hoy me voy a la Moncloa con mi tristeza y mis versos, por ser, entre todas ellas, la soledad que más quiero.

FACRO YRÁYZZOZ





Dib. Ramfuez.—Madrid.

—¡Bravo, Señorita! La estoy viendo a usted, con verdadera satisfacción, parada ante esta estatua hace más de media hora. Soy un ferviente feminista y me complace ver que es usted una inteligente admiradora del arte clásico...

—¡Cál! ¡No, señor! Es que hace mucho frío en la calle y he entrado aquí a calentarme en este radiador.

# CONFESIONES DE UN BOTIJO

En esta clara y fría mañana de Enero he abierto el balcón de mi alcoba buscando la caricia fresca del chorro de mi botijo.

El sol hiere levemente las vidrieras de las ventanas vecinas. En los charcos, como cristales rayados por diamantes, se grietan las aguas heladas.

—¡Cómo estará el agua del botijo!— dice mi compañera escondiendo su cabeza rubia bajo las sábanas.

—¡Pobre «Pedro»!— exclamó. —(Pedro es mi botijo y Perico mi canario,

síntomas de mi admiración a Muñoz Seca).

Me parece oír un gemido. Miro: En efecto, «Pedro» me ha contestado. Junto a su pitirro el hielo abrió una raja que es su condena definitiva.

Oigo un gorgoteo en el que parecen nadar algunas frías. Exactamente igual a aquellas palabras finales del *Otelo* representado por Zacconi inmediatamente después de haberse degollado con su corvo alfanje.

—¿Qué es eso «Pedro»?— le digo a mi botijo.

—Acaba de sonar mi última hora.

—¿En qué reloj?

—En el de Canseco.

—¿Y qué pasa con eso?

—Que me rajo.

—¿Cómo?

—Que muero...

—Pero, botijo... ¿qué dices?

—... y quiero confesarme.

—Pues tú dirás.

—Primero he de pedirte un favor.

—Píde lo que quieras.

—Si se prolonga mi agonía, aplástame, hazme cachitos, conviérteme en el delicioso polvo que fui antes de que me hicieran inmundó barro. ¿Me lo prometes?

—Sí.

—Pues oye.

Te juro lector que escuchaba dilatando al mismo tiempo mis párpados, queriendo ser todo oídos y ojos.

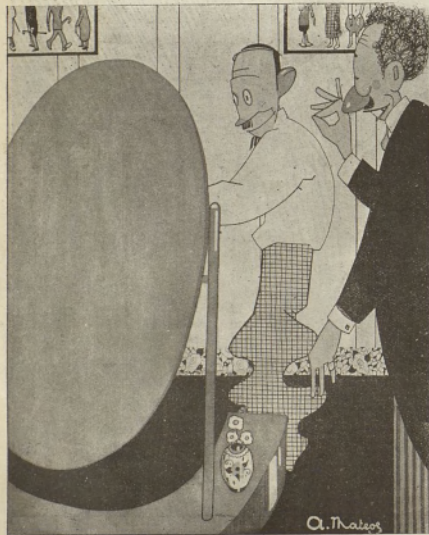
—Deseo— o comenzó diciendo— no volver al serón del irapero a medias roto, porque allí en Tetuán de las Victorias tienen esos hombres unos primitivos hornos de alfarero donde añadiéndonos el asa, pitirro u otro complemento nos «reencarnan», tornándonos a las cacharrerías donde con leña primero y papel de lija después nos dejan que parezcamos nuevos.

—¿Qué me dices?

—La «lija»... Yo tuve, con esta que comienza a extinguirse, siete existencias. La primera transcurrió en la propia cacharrería a donde fui destinado por mi creador, un vecino de Alcorcón. Allí las pasé negras. Era la dueña una liviana viuda de noventa kilos que tenía «que ver» con su casero, un vejete que me mareaba con tanto hacerme cabecear; también dedicábale sus ternuras cierto juez rural que venía a Madrid todas las semanas y por último, refocilábase a sus *anchas* con el dependiente de la cacharrería. Como mi ama no sabía beber a chorro me tenía lleno de sus babas el pitirro, donde también acercaba sus labios el jovenito referido por exigencia de ella que le dedicaba así todo el caudal de sus secretos.

Un día entró en la tienda una criada relozona que se rezumaba, como uno de nosotros en verano, junto al amoroso dependiente, y que rehyéndole hipocritona uno de sus repetidos abrazos dió conmigo contra la pared rompiéndome el asa.

Fué entonces mi primera compostura en un barracón de Carabanchel bajo; y de nuevo me vi en la asquerosa tienda de un cacharrerero de suburbio. Me tocó ahora ir a una taberna donde trabaje «de firme». Me pasaba el día en el costado de la criada yendo de la tienda a la fuente y de ésta a las tinajas don-



Dib. MATROS.—Madrid.

—Usted dirá lo que quiera, D. Atilano; ¡pero hay que ver cómo le cae ese pantalón!



de mi amo hacía el vino de Valdepeñas. Como en estos viajes la fregona, que me tenía desechado y sucio, siempre se dejaba acompañar por alguien y este alguien le abrazaba cuanto podía, generalmente los abrazos llegaban a mí. Esto me tenía tan indignado que yendo un día a la fuente fingí escurrirme en ella y allí quedé sin boca y sin asa.

Nueva ida al laboratorio traperil (esta vez de Tetuán y suprimo lo de las Victorias) y otra vez al puesto de venta que entonces cayó en la verbera del Carmen. En ella me compraron tres chicas alegres que vivían juntas y a quienes acompañaba un primo que fue quien me pagó. Poco duró esta tercera existencia porque avergonzado de las cosas que en término de horas presencié entre aquellas jóvenes me tiré por la ventana no perdiendo esta vez más que la peana, favor de una cuerda de tender ropa que por cierto maldije.

Más renovado que un político reformista estuve en un colegio de chicos donde fui apedreado al segundo día; luego en una casa de huéspedes donde padecí toda clase de injurias. Un estudiante de derecho, tramposo y glacial, puso en mi barriga un enojoso «¡Viva la Pepa!» que molestó mucho a la patrona cuyo era el nombre y valió a su autor la expulsión, sin pagar, por supuesto, los tres últimos meses. Un teniente de infantería me puso un gorro de papel y me pintó una cara horrible, porque le parecía (tan idiota como la de su coronel) Un poeilla que enamoraba a la hija de doña Pepa ponía debajo de mi peana sus cartas, que por la graciosa destinataria eran recogidas oportunamente. Hasta que un día surgió, no se sabe de dónde un malhadado ratón que fue alborozadamente perseguido y de aquella pretendida captura me vino la herida que me devolvió al chiscón del traperío.

La séptima vida mía ha transcurrido en tu casa. Nada me trataba mal. No me habías hecho testigo de cosas deleznales. Hasta las diabluras de tu pequeñín me hacían gracia. Pero hoy el hielo me ha herido. De esta existencia agradable y duradera contra mi voluntad me rajo. Perdona la molestia, pero no me debes salir de tu casa malherido. No. Pulverízame...

No pudo decir más porque mi hijo, que es verdaderamente de la piel del diablo, y que se desarrolla a sus dos años con el virus del futbolismo, vino oportunamente a darle tal puntapié al pobre botijo confidencial que lo hizo añicos.

Mi hijo, rió:

—Papá... ¡pum!

Al romperse me pareció oír que el pobre «Pedro» exhalaba un suspiro de satisfacción.

EDUARDO M. DEL PORTILLO



Dib. Suro. — Madrid.

Principales Interpretes de La Tela, el gran éxito de la Comedia.

RAMONISMO

## LAS IMITADORAS

Las imitadoras, más que imitadoras son plagiaras.

Ellas no aman más que la moda que han podido asaltar en plena calle y de la que se llevan una idea aproximada a su casa.

Los trajes llamados modelos son



los que buscan las plagiaras y los que arriban en los chaflanes de los paseos. Esperan de cómo fotografían en su memoria los más ligeros detalles que el traje imitativo ha de salir a la maravilla.

La plagiaria es un espía de los paseos, y todas sus miradas están llenas de curiosidad malsana. «¿Será «modelo» aquel traje?»

La mujer que avanza con el traje que ha chocado a la plagiaria es un modelo por lo escultural que es, pero no por el traje. El traje sólo a una incauta tan ingenua como la plagiaria, la podría engañar.

La plagiaria, desde pequeña tuvo dotes de imitación, y con un trapo cualquiera, un plumero y una piel, imitaba a una señorita vestida a la última moda.

Las imitadoras son de las que miran mucho por la espalda a las que pasan. Estudian su revés, retienen los pliegues y los botones que lleva detrás el traje y cómo siente la espalda. La cámara especial para retener los figurines reudados está pronta a fijar bien todos los detalles de la escena.

Se reúnen las imitadoras en consejo. Han robado una silueta de mujer elegante y se la reparten.

Y la elegante, tan ajena a ello, reflejándose en los cristales de los escaparates y dejando estampada en ellos su

figura como si fuese un grabado de una revista de modas, cree que es tan efímera su estampación como la que se refleja en los espejos, y no sabe que sobre las anchas mesas de comedor se recuerde su traje.

No se sabe, sin embargo, qué tienen los trajes plagiados, que salen mal y pingüelosos por faltarle la llama de la inspiración.

Ese rasgo genial que le ha costado un grito de sorpresa y admiración a la inventora de modelos, no lo tiene el traje imitado. Como los finos banqueros reconocen un billete falso de otro verdadero, así se transparente lo que es el traje plagiado.

Siempre hay dudas en la confección casera del traje imitativo.



—¿Te acuerdas de dónde la colgaba el fleco?

—¿Por detrás hacía un pliegue? ¿No?

El caso es que por más que buscan a la que la sirvió de modelo, ella se encuentra ya en París o en Viena; pues no sabía que su influencia fuese tan necesaria.

¿Es un robo este plagio de trajes? Yo creo que es como robar un bolsillo a la que pase, con la agravante de ser más amplio el despojo.

La plagiada ha quedado despojada de su originalidad y tiene que sufrir la caricatura de su invención. Sólo los cuadros antiguos pueden ser copiados y los copistas pedir permiso para remolonear a su alrededor, pero los cuadros recientes, los que el artista ha de lucir en la nueva exposición, esos no pueden ser copiados.

Pero las plagiaras no pueden comprender estas disquisiciones. Ellas ca-

zarán su moda donde la encuentren como diseñadoras rápidas y realizarán el recuerdo con todas las ausencias de memoria que les sorprendan.

Las cazadoras de las grandes carreras de caballos casi no se disimulan a llevar sus trajes anticuados, aun de la otra estación, porque quieren ver pasar a la mujer mayestática que luzca la moda que les conviene.

—Yo, hasta después de celebrarse las primeras carreras, no me hago nunca los trajes—suele decir alguna planista de viejo traje de terciopelo, como tapizadora de butaca en que se han sentado mucho.

Las plagiaras de cinematógrafo son también unas plagiaras nuevas que toman apunte de las modas en la obscuridad de la sala, y hacen el propósito de un traje o de otro, viendo a la artista bajo las luces esplendentes de las grandes anteladas.

Como esas señoritas que dibujan una nariz griega en la clase de dibujo y les sale una nariz monstruosa, así al copiar los trajes les salen modas arbitrarias en que aletea el cuervo y la paloma reunidos.

Peró el castigo de la plagiaria yo lo pintaré al final de una comedia de enredo muy francesa, en que la esposa



hubiese copiado por equivocación el traje del amante de su marido, y éste, escandalizado, le dijese a él:

—No puedo consentir que tu mujer imite mis trajes. ¡Pues no faltaba más!

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)

# LA SERIEDAD DEL ESCRITOR CÓMICO

El público tiene de los escritores cómicos una idea más falsa que una silla de tijera.

Para el público—y se entiende por público todas aquellas personas que siguen la labor del escritor sin acercarse a él—para el público, los escritores cómicos son unos ciudadanos felicísimos, dicharacheros, sonrientes, alegres y frívolos como una opereta. El error es tan patente que dan ganas de registrarlo. Porque ya saben ustedes que las patentes y los bolsillos de la mayor parte de los esposos, se registran siempre.

El lector o el espectador lee un montón de artículos, cómicos o ve dos docenas de comedias divertidas, originales de un autor determinado; se encariña con aquel individuo, que le proporcionó ratos de alegría y le colocó el cerebro en ese estado de divina incongruencia que se llama risa; desde tal momento, el lector o el espectador se forja una idea, que él cree aproximada, de la psicología del autor referido (1) e incluso de sus cualidades físicas, si no le conoce bien, naturalmente.

Esto de figurarse «cómo es una persona» resulta tan peligroso como «asomarse al exterior» en los vagones de ferrocarril; porque el lector o el espectador se equivoca siempre.

Siempre. Si se lo imaginó viejo y delgado, será joven y gordito; si lo creyó afeitado, tendrá el bigote con unas guías parecidas al Baedeker. Una cosa hay en la que todos coinciden, que es el imaginárselo sonriente, loco, chispeante como un mechero. Y el autor cómico no es así. Digámoslo de una vez.

¿Qué razón hay para que el hombre que hace reír se pase la vida riendo? Pretender que esto ocurra es lo mismo que creer que el vendedor de lápices no ha de escribir nunca con tinta o que los buzos se pasan la vida con la escalandra puesta.

Dentro de mi pequeña estatura literaria y física, a mí me ha ocurrido eso también. Sé que en el Ministerio del Trabajo, Ministerio que tiene todas mis simpatías, me creen alto, grueso, próximo a los cuarenta y optimista. Están equivocadísimos los dignos empleados de aquel Ministerio; yo soy pequeño; un metro sesenta, delgado; no he cumplido aún los veinticinco y, además, tengo una cara más apenada y más melancólica que una puesta de sol en los Vosgos. De vez en cuando, digo una tontería que hace sonreír a los que me escuchan, pero mi semblante sigue tan apenado como estaba, y, por dentro, la tristeza sigue bailando la furlana.

(1) Perdón por hablar de psicología. No lo volveré hacer.

En gran escala, a los autores cómicos de renombre, les sucede lo propio. Carlos Arniches tiene una cara que refleja una congoja grandísima. En visperas de estreno dan ganas de acercarse a él y de dirigirle algunas palabras consoladoras; entran deseos de decirle que confíe en la Bondad Divina que aún puede ser feliz en el mundo. Y casi se tiene la seguridad de que el ingenioso autor, enternecido por semejante actitud, dejará correr un llanto silencioso y amargo y se apoyará en nuestro hombro pidiéndonos que le hagamos un chiste para alejar aquella pena, honda como un rizo de pelo.

A Enrique García Álvarez le ocurre lo propio. Él sí ríe, y dice veinte mil cosas regocijantes cada veinticuatro horas, pero en la intimidad, cuando no hay palmazos alrededor, cambia de aspecto el decorado, nos enseña la biblioteca y se pone muy serio afirmando que tiene volúmenes rarísimos. Y a lo último, nos descubre ese fondo de tristeza que existe en todos los hombres que han divertido mucho a los de-

más y que nunca han llegado a divertirse ellos.

En Buen Humor hay algunos ciudadanos que confirman la regla. Ernesto Polo es serio, terriblemente serio. El gesto, la actitud, todo se reúne para darnos un chasco y hacernos creer que constantemente se dirige a una visita de pésame. José López Rubio parece un muchacho a quien obligan a vivir muy a su pesar. Todos conocemos a Ramírez Angel, con sus ojos doloridos. Y a Manuel Soriano, con su gesto de hastío y a Abril y a Zurita, uno sereno y ecuaníme, el otro triste y como agobiado. Y la seriedad pretoriana de Pérez Zúñiga y la seriedad sonriente de Ramón, Neville, es la única excepción que confirma la regla.

Y es que el hombre que escribe en cómico está obligado a desmenuzar la vida. Y desmenuzar la vida es comprenderla, y comprenderla es odiarla.

¡Caramba, qué final!

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. Quaresma.—Valencia.

- Desengáñese usted: el juego debe condenarse por inmoral.
- ¡Pervierte a los jóvenes!
- Hace olvidar toda clase de deberes.
- Y luego, señores; ¡el tiempo que se pierde barajando!...



# HUMORISMO DE MILITAR Y PAISANO

(CUENTO A LA MEDIDA)

El cabo Rebolledo se aburría en la farsa de una manera definitiva y próspera. No bastaban a distraerle las repetidas escaramuzas con algunos moros con cara de Muzas, que solían presentarse por las noches a no dejar dormir a los soldados. Le fastidiaba matar gente, le producían tedio las pulgas y suspiraba por verse en España, si no con la licencia absoluta, por lo menos con una licencia relativa. Estaba hecho la pascua, en fin; y nosotros aprovechamos esta ocasión para decir que lo sentíamos de una manera como él no se puede dar idea ni remotamente, y eso que en Melilla todas las ideas

tienen que ser remotas porque hay que ver lo lejos que está.

Reconozcamos que el cabo Rebolledo tenía sus motivos para estar hecho la santísima y veneranda. En primer lugar, andaba de dinero que era un ludibrio. Poseía, contando todos sus ahorros, unas dos cincuenta; y, francamente, aun tratándose de un cabo, es muy poca luz. ¿Nos atrevemos, por tanto, a decir que el cabo estaba a dos velas? ¡Vamos a atrevemos, qué caramba! ¡Aunque ustedes nos maten!... Estaba a dos velas: ¡y a está dicho!

Sigamos. (Aunque no por ese camino, que nos parece que íbamos mal.)

En estas tristes condiciones, el cabo, que como era de aviación ascendía

dos los días, aunque después de ascender resultaba que seguía siendo cabo (absurdo, paradoja y mala suerte); el cabo, repetimos, empezó a suspirar porque una bala traidora amenizase algo su vida y pusiera una nota pintoresca en la vulgar monotonía cotidiana.

Y, en efecto, la ansiada y solicitada cápsula no se hizo esperar. Un día, y ya cuando ni lo esperaba Rebolledo, llegó el tiro al fin.

Al fin y al cabo, si hemos de decirlo como es debido.

Por fortuna, la herida fué leve como el murmullo de los riachuelos de los poetas antiguos; y al ingresar Rebolledo en el hospital, en vez de estar hecho la pascua como antes, estaba más contento que la pascua y que otra pascua (las pascuas alegres como las felices pascuas, siempre son más de una... Nota del autor).

## II

Rebolledo, en el hospital, vió lo amable que era la vida, lo amable que era el médico y lo amabilísimos que eran los enfermeros. Se hizo amigo de un sargento de Sanidad que (otra paradoja y otra mala suerte), a pesar de ser de Sanidad, estaba más herido que él. Y se dió cuenta de que la vida guerrera es más dura que la vida americana, que la vida cazadora y que la vida levita o levítica, y perdonenme este juego de palabras que ha resultado además un juego de prendas.

Entonces comprendió el cabo que, en medio de la tragedia marcial, venía como sorrita a la falange el tibio y blando consuelo de unas epístolas femeninas.

Y envió a BUEN HUMOR la siguiente y angustiosa súplica:

*Diógenes Rebolledo, c-b-o de aviación, herido en tal parte y hospitalizado en tal otra, solicita una madrina de guerra para que le ayude noblemente a sobrellevar las drogas y penalidades de la campaña.*

Y BUEN HUMOR, con un altruismo loco, y sin presumir la que se iba a armar, publicó la súplica y se lavó las manos.

Las veinte mil manos de papel de que consta su enorme tirada.

## III

Este capítulo es muy corto.

Diógenes, como era aviador, encontró la madrina volando. Si, como el Diógenes histórico, hubiese buscado un hombre, no lo habría encontrado como no lo encontró el otro desgraciadísimo toca; pero mujeres, ya lo saben ustedes, se las encuentra uno en la sopa y como moscas, a poco que apriete en el anuncio.

Empezó el carteo consiguiente y Rebolledo empezó a sentir en su corazón



Dib. MIHURA.—Madrid.

LA MUJER.—¿Veinte céntimos por toos los ojitos? Amos, ande; ¡usted tie dos copas de más!...

efluvios ardientes de primavera. ¡Pero de primavera alumbrado por incandescentes!

Y un día volvió a España, libre, feliz, cargado de honores y de condecoraciones que acreditaban lo valiente que era; conoció a su madrina, se le ocurrió buscar otra madrina y un padrino, buscó también unos papeles que ojalá hubieran sido mojados; y acreditando que tenía todavía mucho más valor que el demostrado en la guerra, se casó de los pies a la cabeza.

¡La caraba!

IV

Este capítulo es aún más corto que el anterior.

Es tan horrible lo que hay que decir en él, que para qué vamos a recargar

las tintas; así es que ¡brevedad y resignación!

La madrina, y mujer al cabo, del cabo, que era como hemos dicho un heroico ex cabo, ¡y no es cobal, tenía por desgracia la madre viva y completamente coleando.

Y Rebolledo tuvo suegra...

¿A qué decir más?...

Disensiones... Ruidos nocturnos... Ayes... Arrastrar de cadenas... Vejillas mucho más aviadoras que Rebolledo en sus buenos tiempos (ahora ya sabía él que habían sido los buenos)

¡La caraba otra vez!

V

Colofón.

Hace poco BUEN HUMOR se vió forza-

do a publicar el siguiente reclamo que le dirigieron desde la calle de Lavapiés, 107, cuarto cuarto:

*Diógenes Rebolledo pide urgentemente una madrina de guerra, pero de más guerra que la corriente, que le conforte y le sostenga en el incesante batallar a que le ha condenado el Destino. Herido en el hospital de la Princesa, sala quinta, cama 97. Gracias anticipadas.*

¡Viva el celibato!

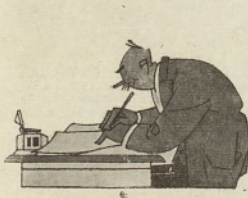
Esto lo dice un servidor de ustedes para desahogarse, porque hay cosas que no deben pasar sin un alarido de protesta.

Y una de ellas es esta.

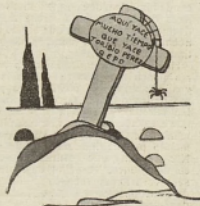
ERNESTO POLO

MI TESTAMENTO

(Historieta de Durán, El Escorial.)



—El día que yo me muera, aunque esté muy lejos de mi patria...



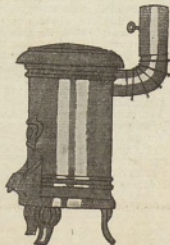
No quiero lujos en mi sepultura. Sólo una modesta cruz, para que no resulte cara.



Suplico una moneda de dos pesetas, para comprar aceite de ricino para cuando pese por el purgatorio.



Deseo también dos números del porque de incendios, por si los fuegos fatuos se pusiesen demasiado fónicos.



Una estufa, para la tumba fría.



Y una camisa de fuerza para el día del juicio final, por si acaso pierdo el juicio.

# SECRETOS DEL VESTIDO FEMENINO



En el artículo anterior divagamos en torno al primer traje de mujer y las causas que impulsaron a nuestra pri-



mera madre al uso del vestido. Vimos que estas causas habían sido por completo humorísticas. Solo a un humorista se le puede ocurrir, en efecto, en una ocasión como aquella, cuando una criatura grita, «¡Estoy desnuda!...

¿Con qué me taparé?» ofrecer, como toda solución, una hoja.

El origen y la intención del primer traje fué, como se ve, irónico de suyo. Ahora que, como casi todas las ironías, con una intención punzante. Viéndolo de quien venía la ocurrencia por fuerza habría de ser diabólica.

Vio fué. El vestido que Mlle. Pomette, la modista del Edén, la que ofrecía manzanas para atraerse clientela, ofreció a Mme. Adán (nee Eva) pretendía tapar la desnudez para solo conseguir llamar la atención; sobre todo, llamar la atención y llamar la atención sobre todo.

Nació el traje, manifestando, como vemos, desde su aparición, su personalidad definitiva; muchos aspavientos, mucho: «Pero ¡por Dios! ¡si estoy desnuda!... mucho, «¡aguárde a que me vista!» y luego... a la vista está.

Esta es la única manera, verdaderamente histórica, que han tenido las mujeres desde la remota noche de los tiempos, o desde el día que siguió a la noche. Las otras maneras de vestirse.

Hay quienes aseguran que las mujeres tienen tres maneras distintas de vestirse: una para inclinar, otra para presumir y otra para resguardarse de las miradas y de la intemperie. Los que esto creen, añaden que esta última manera de vestirse no se ve ya por el mundo porque ha caído en desuso. No: esa manera de vestirse no estuvo en uso nunca. Vestir al desnudo—o sea, vestirlo por razones de abrigo y de comedimento—es una de las obras de misericordia, y, por lo tanto, no ha sido puesto en práctica jamás. En la práctica solo han tenido dos costumbres las mujeres: una, antes de la caída: la de enseñarlo todo; otra, cuando nos caímos todos: la de enseñarlo casi todo. La una, antes de inventarse el vestido, era la inocente y como Dios mandaba; la otra, después de inventado el vestido, fué la endemoniada. Esto último es lo que ha sobrevivido.

Ahora bien, esta manera de vestirse, única y universal, tiene una variante. En el periódico francés a que aludimos en el anterior artículo, *Cándido*, una mujer ha preguntado, a ellas y a ellos: «¿Para quién se visten las mujeres?» ¿para las mujeres o para los hombres? y, en el primer caso, ¿para cuáles; para sí mismas o para las demás?

Cada una ha contestado, como es natural, una cosa diferente; pero, sin embargo, todas han coincidido en los pormenores suficientes para deducir una conclusión unánime.

Ninguna, por lo pronto—como también es natural—ha contestado la verdad entera: para contestar la verdad en



estos y en todos los casos hace falta ser muy tonto, o ser una persona superior. No estamos ahora en ninguno



de esos casos. Pero han resuelto todas el conflicto de una manera delicada.

El conflicto estaba en que todas hubieran tenido que contestar algo parecido a lo siguiente: Pues mire, nos ves-



timos para dos formas diferentes: para presumir de bien vestidas y para sacar de quicio a los hombres. Todo vestido de mujer tiene siempre esos dos fines:



uno está diciendo «admira» y otro está diciendo... «comedme». Pero, claro, como esto último no lo iban ellas a



confesar así, descaradamente, qué han hecho? Han prescindido de esta segunda— aunque no secundaria— finalidad del vestido y han fingido creer que sus vestidos no tenían mas finalidad que la de realizar una obra de arte.

Las mujeres—pues, han venido a decir todas ellas—se visten para cumplir una necesidad de elegancia. Una artista conocidísima, María Regnier, ha contestado unas palabras gentilísimas que pueden servir de encabezamiento al resumen general de todas las demás opiniones: «Cuando vine al mundo me vistieron—dice—y, luego, he continuado... por costumbre.» Solo que la costumbre, en toda persona de *esprit*, deja de ser un mero hábito para ser un modelo de hábito, que no es lo mismo que un hábito modelo: el monje hace al hábito. Se hace lo que todo el mundo, pero... como nadie. «Me visto—añade—, porque se viste todo el mundo; y ya, de hacerlo, más vale que sea con elegancia.»

Esta es la primera verdad: la mujer no concibe vestirse si no se viste bien. Y de ahí la segunda verdad en que han coincidido todas: la mujer no se viste bien para ellos sino para ellas.

Parece sorprendente al primer pronto, y, sin embargo, es explicable: se visten para ellas, porque son ellas las que entienden de vestidos, no nosotros. «Los hombres—dice René Boylesve—no entienden de modas: son incompetentes. Un hombre de gusto ve por instinto si una mujer es elegante o no; pero no sabe decir por qué.» Eso a la mujer no le basta: necesita una mirada de conocedor y de técnico. «Si las mujeres se vistieran para los hombres, no seguirían la moda—dice madame Ivonne Printemps.

Y es que el hombre no es para la mujer un juez imparcial y puro: el hombre no mira con el desinterés que requiere el juicio estético. «El hombre—como hace notar el ya citado Boylesve—considera más la elegancia del cuerpo que la del traje.» Es que el hombre no se olvida jamás de que hay una mujer debajo del vestido o de que le interesa la mujer, vestida y todo, pero la mujer. Ellas, en cambio, al vestirse, no piensan más que en el traje, se olvidan de sí mismas, se olvidan de todo, y no se preocupan—como el verdadero artista—más que de la obra, no del autor.

Por eso las mujeres han hecho una división radical y sapientísima: de un lado los hombres: estos no son capaces de ver la obra maestra de un vestido sin ver a la maestra de la obra: del otro, las mujeres que no ven ni oyen ni entienden más que de vestidos.

Consecuencia: para compaginarlo todo, basta que se vistan con arte... del diablo: la parte del diablo para producir admiración al hombre; y la parte artística para producir admiración de las mujeres. Así no se pierde bocado. O dentellada.

Claro, que dentro de la especialidad artística, hay quien acierta y quien no.

De ahí que algunos lleguen a contestar palabras tan sentidas y admirables como estas de madame Madeleine Lély:

«Yo, en realidad, me visto poco. Creo que el verdadero *chic* consiste en no serlo con exceso. Vale siempre más no estar bastante vestida que estarlo



demasiado. Yo tomo lo esencial, la línea, la silueta. Una mujer que sigue la moda exactamente, no me parece



elegante por completo. No digamos las que se masculinizan por seguir la moda: esas no se visten, se disfrazan.»

MANUEL ABRIL

UNA AVENTURA DEL CAPITÁN TIPP

## EL MUNDO NO ESTÁ

Si alguna vez tuviera tiempo, y no me viera obligado a ir y venir de Vicalvaro todos los días, es probable que acabara por escribir toda la vida del capitán Tipp, que está llena de episodios interesantísimos. Tal vez mis lectores, si me veían entregado a esta labor, prometían leerla y tal vez alguno que otro llegase a cumplir su palabra.

De este modo, las aventuras del capitán Tipp podrían ser admiradas por los que hoy la desconocen y no sospechaban ayer la existencia de un marino tan experto y tan arrojado, cuyo espíritu se ha templado en la lucha con los elementos, con los piratas, con los salvajes, con las fieras; en fin, con todo lo que generalmente se suele luchar.

Yo conocí al capitán Tipp en una taberna del puerto de Amsterdam. Fumaba una pipa corta, llena de un tabaco acre y de humo denso. De vez en cuan-

do, llevaba a sus labios una copa de ginebra rosada.

Fuimos grandes amigos. Por entonces, el capitán Tipp hacía año y medio que no embarcaba. Esto le tenía bastante preocupado. A un hombre como él, que siempre estaba dispuesto para mandar cualquier cosa que flotase en el agua, con una historia y una reputación como las suyas, parecía como si la Humanidad se hubiese juramentado para olvidarse de él. Ni un sólo negocio se había ofrecido en año y medio.

Me lo contaba, bebiendo ginebra y amargura de desengaños. ¡Tenía tantas ganas de echarse a la mar! ¡Sabía tres maldiciones nuevas, tan oportunas para mandar un barco, y sin poderlas emplear!

Y, lo peor de todo, el dinero se le acababa. Si en la taberna le habían que beber, con elogiada generosidad, no consiguió lo mismo con el tabaco. Llevaba siete meses de fumar las cosas

más absurdas en su pipa corta. Últimamente, había empezado a fumar el pelote de las butacas de sus amigos, que robaba artemente en las visitas. Yo le invité y le regalé una bolsa de tabaco. El, agradecido, me contó una de sus aventuras. Ha sido la que menos me costó. Por las demás, puso un precio oscilante, que nunca iba a dar de nueve piastras.

Una vez—esta es la aventura—un inglés le ofreció el mando de su *yatch*, que había comprado recientemente para dar en él algunos pasos por el mundo. El sueldo era conveniente y el cargo bastante descansado.

Salieron de Rotterdam una mañana brumosa. Como el inglés, mister Brinsdword, no había salido aún de su camarote, y anteriormente no había dado otra orden que la de salir, el *yatch* no llevaba rumbo decidido. El capitán Tipp, asomado a la borda, veía empuñecerse el puerto, y escupía al agua.

Mister Brinsdword, a mediodía, pensó en Groenlandia, caprichosamente. Tomaron camino de Groenlandia.

—Tardaremos diez días, doce días todo lo más—dijo el capitán Tipp entre bocanadas de humo.

—*All right*—dijo mister Brinsdword: esto lo dicen todos los ingleses en todos los cuentos.

Once, doce, quince, treinta días. No habían visto tierra por ninguna parte. Groenlandia se alejaba, como si quisieran cometer con ella algún crimen.

—Siempre ha estado aquí. Yo lo aseguro—dijo formalmente el capitán Tipp. Si no está ahora, no es culpa mía sino de Groenlandia. ¿Dónde se habrá metido?

Ocho días, después de rebusar por unos lados y por otros, mister Brinsdword creyó conveniente tomar una determinación. Sintió deseos de meridionalismo. España y la costa de Argelia.

—Dentro de veinte días, lo más, yo entro con el *yatch* en la ría de Vigo.

—¡Hurra!—dijo mister Brinsdword, que es otra cosa que dicen mucho los ingleses.

Un mes después, ya se cansaban de buscar la costa noroeste de la península ibérica.

—Siempre, siempre ha estado Finisterre en estos sitios y a estos grados de latitud.

—¿Sospecha usted de Finisterre?...

—Su conducta me parece impropiciente. Debía estar en su sitio.

Hubo que cambiar de itinerario; Dinamarca, Cuba, Turquía, el cabo de Buena Esperanza, la península de Corea, Madera, Ceylán...



Dib. GABARRÁN.—Madrid.

—Ahora me explico por qué me da tan barata la regadera. ¡Está llena de agujeros!...

No encontraron nada. Ninguno de aquellos lugares aparecía. En diez meses sólo habían visto agua por todas partes.

Mister Brinsdword, un poco preocupado, propuso rutas más amplias. El polo norte o, en su defecto, el polo sur. Cada día hizo más calor, un calor más pegajoso y más sólido.

—Aquí, aquí debía estar la tierra de Francisco José. Aquí estaba la última vez.

Mister Brinsdword no contestó. Desde una semana antes sólo bebía cerveza helada, y se moría de calor.

—¿No será esto el Ecuador?

—¿Aquí? ¿Aquí el Ecuador? ¿Qué ha creído usted de mí? Nunca ha podido estar el Ecuador en estas latitudes. Vea usted las costas. ¡El Ecuador! ¿Qué tontería! ¿Cómo ha podido usted pensar eso?

—Tengo tanto calor!

—¡También lo tengo yo, trombas! Pero eso no justifica que nos revelemos contra la geografía.

Cuando debieron llegar a las nieves perpetuas, murieron de asfixia dos marineros. ¿Qué calor!

Hubo que cambiar de itinerario.

—Llevamos un año, capitán. Un año y dos meses y catorce días. No hemos encontrado, no sólo Europa, Asia, África ni América, que son los lugares más sólidos del globo, sino que no hemos visto ni una sola isla, ni un sólo peñón con gaviotas... ¿Cree usted en los cataclismos?

—Lógicamente, no puedo negar la existencia de los cataclismos ni que nos haya tocado uno.

—A nosotros, no.

—Pero sí al mundo, a los continentes, a la tierra... Todo parece haber desaparecido. Nada está donde estaba. Hemos navegado a la mayor velocidad, hemos cambiado las latitudes, las rutas. Nada. Agua por todas partes, agua que ha cubierto la tierra, sin duda.

—Pero, lo peor, capitán, es la falta de víveres. Yo he cuidado de llevar mi *yatch* bien provisto, pero no he contado con no tocar tierra en catorce meses. Esto no lo resistiría ninguna otra despena.

—Yo pido tres días. Mi compañero Cristóbal Colón hizo otro tanto...

En realidad, no quería aquellos tres días para nada. Le fueron concedidos cortésmente.

Como entonces—la historia tiene hojas repetidas—un marino gritó subido a un palo:

—¡Tierra!

Subieron todos a cubierta. Había tierra por todas partes. El *yatch* estaba próximo a encallar en una playa encantadora.

Cuando desembarcaron, preguntaron el nombre de aquel lugar delicioso. Era el lago de Constanza.

Mister Brinsdword se volvió loco y

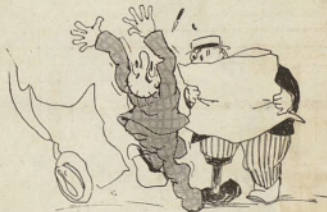
desde entonces, se pasa la vida coleccionando servilleteros, sin salir de una habitación. Regaló el *yatch* a la municipalidad, que lo alquila a los turistas. Volver el *yatch* al mar hubiera costado carísimo.

—¿Cómo pudo ser eso?—preguntó al capitán Tipp.

—¡Ah! ¡Yo no sé! ¡Yo no tuve la culpa! Algo gordo pasó, pero mi conciencia está bien tranquila por ese lado...

Y pidió de beber más ginebra, que bebió suspirando.

Jose LOPEZ RUBIO



Peru Muiz

Dib. Pérez Muñoz.—Madrid.

EL PISOTÓN DE UN COJO



# ¡NO ME HAGAN USTEDES HABLAR!

(PORQUE HOY HE RESUELTO NO HABLAR DE NADA)

No quiero hablar hoy de Francos  
Rodríguez ni de sus latas  
en forma de perorates  
con sintáxicos atrancos.

Y no quiero hablar tampoco  
de los discursos de Maura  
que, según Amalia Isaura,  
nunca son de pavo moco...

Tampoco diré palabra  
de Sánchez Guerra y La Cierva

que ambos siguen, ¡suerte acerbal,  
siendo de Mula y de Cabra.

Menos he de hablar, ¡pardiez!,  
de Weyler y su gabán  
con siete *sietes*, que están  
multiplicados por diez.

Y también cierro mi boca  
jurando no decir ni esto  
del apéndice molesto  
y nasal de Sánchez Toca.

Aunque lo siento infinito  
no diré nada de Ossorio,  
ni creyéndome un Tenorio  
me meteré con Chelito.

El que me pida opiniones  
sobre el conde, no se canse.  
¡Hoy quiero yo que descansé  
la pierna de Romanones!...

No diré frase bellaca  
de Teresa Saavedra,  
la linda estatua de piedra  
con la cual la carne es flaca.

Del rostro de Bergamín  
no diré que es cosa fea.  
¡Si es feo, que no lo sea!  
¡Lo siento, pero a mí, Prim!

No quiero hablar de Loreto,  
ni del sumiso Chicote,  
ni del sumo sacerdote  
que les casará en secreto...

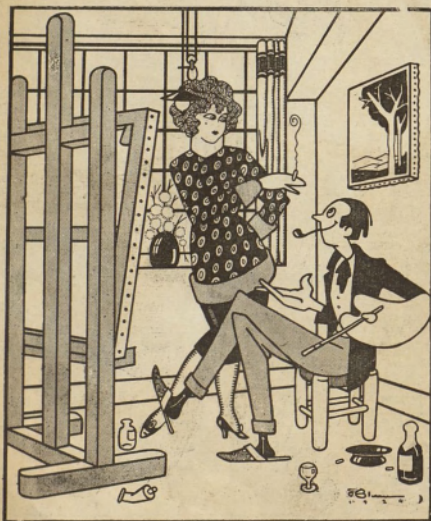
Y si he de decir *verdaz*,  
no quiero hablar de Lerroux  
ni de la casa Pidoux  
ni del Caballero Audaz.

De Blasco Ibáñez, ni pfo;  
de Vázquez Mella, ni gota;  
de Hoyos y Vinent, ni jota;  
de Alba, menos. Me da frío...

Y como de esto resulta  
que no quiero hablar de gente  
de la que continuamente  
me ocupo en forma algo inculta...

Y como he jurado ya  
que hoy de ella no he de hablar yo,  
y si de ella no hablo, no  
se me ocurre hablar de *ná*,  
diré, triste y algo lacio:

—¡Perdonen este mutismo!  
¡Hoy estoy a hablar reacío!  
¡Otro día, si es lo mismo,  
hablaremos más despacío!



Dib. Osi.—Madrid.

—Pero, chico, ¿cómo vives en una buhardilla?  
—¡Muy sencillo: porque no tengo un cuartel!

NÉSTOR O. LOPE



Dib. BERNARD. --Paris.

—¡Bien sabes que tengo un gran porvenir...  
—¡Sí; pero, chico, prefiero un buen presente aunque sea más pequeño.

# ELOGIO DEL CERDO

Siendo el torpe egoísta  
el que trajo el vulgar materialismo  
que a todos nos corroe,  
permítame el que lea que aquí lea  
a lo más material: al cerdo mismo.

Hoy resulta magnífico animal  
si antes era bicho repugnante,  
que al mirar hacia abajo como mira  
y al tener tanta anchura estomacal,  
el canto conquistó de toda lira  
y en ídolo erigióse en un instante  
no solo nacional: universal.

Paquidermo cuadrúpedo con mamas,  
¿cómo, cómo te llamas?  
¿Eres de los solípedos,  
o equidos,  
o eres de los físpidos,  
o de los patí-hendidos?

No obstante atesorar como atesoro  
un «horror» de saber en zoología  
cuál es tu nombre ignoro,  
que de los sabios el brillante coro  
a los que consultó la musa mía  
no se han puesto de acuerdo todavía;  
no se han puesto de acuerdo  
en convenir cómo te llamas, cerdo.

Y a pesar de lo justo de su fama  
que para mí deseo,  
estimo que te insulta pues te llama  
*sus scropha domestica* Linneo.

Es insulto y es mote  
darte ese nombre, digno de zúldis;  
¿por qué te llama *scropha*?  
¿por qué te llama *sus*?

Tú que eres tan voraz  
que jamás al estómago das paz;  
tú que no llegas a perder los dientes,  
que con la jeta en inmundicias hozas  
y que hozando allí gozas  
aunque en la jeta tienes el olfato,  
eres emblema de egoístas gentes

que hacen, sin encontrar inconvenientes,  
de la decencia y la moral barato  
con tal de asegurarse para el plato.

Mas tú, pese a tu nombre,  
por ser más altruista y más decente,  
eres digno de loa, más que el hombre  
como paso a probar seguidamente.

Si no te mortifican  
los motes denigrantes que te aplican,  
si más y más devoras  
cuantas menos de vida tienes horas,  
si disfrutas haciéndote cebón  
sabiendo que ha de ser tu perdición,  
si nutres de tus carnes con el lujo  
a tu propio verdugo...  
¿no eres mártir, heroico y genial,  
aunque seas también y por tu mal  
animal de bellotas y lechón,  
dicho sea, señores, con perdón?

Pero mueres, y llega tu justicia,  
y del pobre y del rico eres arroyo;  
que si de vivo fuiste una inmundicia  
consultas y delicia,  
al morir, del más sabio y del más bobo;  
y ya condimentado con adobo,  
ya fresco, ya salado,  
nada se desperdicia  
de tu cuerpo apreciado  
en que sacia el glotón su torpe vicio;  
sin tirar ni un adarme, ni una uña,  
que no tienen ni rabo ni pezuña,  
ni pezuña ni rabo desperdicio.

Mas ¡ay! que mientras vives  
loa ni galardón nunca recibes,  
y has de morir, si quieres  
llegar de estimación a la alta meta;  
en eso te pareces al poeta,  
en que te pareces famoso cuando mueres.

VICENTE ESCOLOTADO

## EL CASO DE JUAN ANTEQUERA

Con la venia de la Sala. Señores magistrados:

He oído, con la profunda emoción  
que en nosotros despierta lo bello y lo sublime, el brillante informe del Ministerio Fiscal. Agradeciendo el manifiesto interés que dicho Ministerio ha mostrado en el presente proceso, voy a intentar, en la medida de mis escasas fuerzas, rebatir algunos puntos de tan maravilloso discurso.

Han sonado en esta sala las palabras «tentativa de hurto», «fractura», «nocturnidad» y otras muchas: conceptos en los que la ley ve agravantes del delito. En el presente caso, dichos conceptos no tienen aplicación posible. Esto es lo que trataré de demostrar, gracias a la benevolencia del tribunal que me escucha.

He estudiado profundamente, durante largo tiempo y sin desperdiciar detalle que pudiera llevarme al esclarecimiento de la verdad, el espíritu del proceso y las circunstancias que concurrirían a la realización del hecho, y he aquí que, como premio a mis desvelos, he llegado a la conclusión siguiente: el procesado es un individuo anormal, un individuo en el que las claras facultades mentales han sido reemplazadas por extraviados extrarajados, por raras afecciones e inquietudes de las que es actualmente víctima.

Juan Antequera, mi defendido, paseaba la noche del tres de agosto de mil novecientos veintidós por calles sólidas y silentes que él gusta frecuentar, porque es amante de la luna y de los celajes que su luz borda en las fachadas renegridas de las viejas mansiones. El procesado, de haber sido pintor, habría dedicado toda su actividad artística a los aguafuertes y a las pinturas tenebrosas. En este amor al arte tétrico, el Ministerio Fiscal ha vis-

to la agravante de nocturnidad. ¡Error lamentable!

La noche es hermosa, tranquila, plena de idealismo y de poesía. Juan Antequera, a su conjuero, siéntese fuerte y decidido. Y he aquí que la casualidad coloca ante sus ojos una cerrada puerta de una desconocida mansión. El procesado se detiene en su marcha y admira la augusta soberbia de la casa. Dentro está lo desconocido: muebles, personas, habitaciones que jamás él viera. Instintivamente, se acerca a la puerta y hay en su rostro una inquieta alegría. ¿Estará abierta? Acaso lo que él supone cerrado cuidadosamente, no lo está. (Con lo que él gozara contemplando todo lo que en el interior hay! Empuja y, ¡oh, desilusión!, la puerta no cede. ¿Comprendéis el dolor de su desencanto?... Otro cualquiera habría desistido de su absurdo empeño, pero Juan Antequera no

to la agravante de nocturnidad. ¡Error lamentable!

La noche es hermosa, tranquila, plena de idealismo y de poesía. Juan Antequera, a su conjuero, siéntese fuerte y decidido. Y he aquí que la casualidad coloca ante sus ojos una cerrada puerta de una desconocida mansión. El procesado se detiene en su marcha y admira la augusta soberbia de la casa. Dentro está lo desconocido: muebles, personas, habitaciones que jamás él viera. Instintivamente, se acerca a la puerta y hay en su rostro una inquieta alegría. ¿Estará abierta? Acaso lo que él supone cerrado cuidadosamente, no lo está. (Con lo que él gozara contemplando todo lo que en el interior hay! Empuja y, ¡oh, desilusión!, la puerta no cede. ¿Comprendéis el dolor de su desencanto?... Otro cualquiera habría desistido de su absurdo empeño, pero Juan Antequera no



es de los que se amilanar por obstáculos; por el contrario: éstos le animan, le llenan de coraje. Su férrea voluntad no admite flaqueas. Los alambres que, por casualidad, llevaba en el bolsillo interior de la americana, le sirvieron para, introduciéndolos repetidas veces en la cerradura, dejar el paso franco. Y ved que este hecho lo apreciaba el Ministerio Fiscal como constitutivo de la agravante de fractura. No, la cerradura quedó intacta. No hay aquí otro delito que el de una curiosidad llevada al límite. Juan Antequera no habría obrado así si hubiera supuesto que, llamando con el timbre, le abrirían. Pero no se acostumbraba a abrir la puerta a un desconocido que llama a altas horas de la noche. Triste es confesarlo, pero la desconfianza es patrimonio del hombre.

«Ya tenemos a Juan Antequera dentro de la mansión desconocida. Ved sus movimientos cautelosos, sus pasos apagados, para no importunar a los que seguramente duermen. Las sombras le envuelven, le ciegan, y Juan Antequera ha entrado para curiosear todo, para admirar todo, así no es de extrañar que, sacando un pequeño apa-

rato eléctrico, se sirva de él en su visita. De este modo no hay peligro de estropear algún mueble al derribarlo. El acto de llevar una lámpara eléctrica en el bolsillo lo estima el Ministerio Fiscal como constitutivo de premeditación. Es una prueba de meditación, ha dicho. ¡Señores del Tribunal: yo llevo siempre conmigo un aparato como el de Juan Antequera, que me sirve, todas las noches, para llegar hasta mi piso sin peligro de que se apague la cerilla que el sereno me entregue al abrirme la puerta!

La casa es profusa en objetos artísticos: tibores chinos, lienzos antiquísimos y valiosos, admirables tapices, estatuas maravillosas de china, de marfil... Juan Antequera queda asombrado ante todo ello, lo acaricia con una dulce mirada y tiene para cada cosa un elogio justo: —¡Qué hermoso varguenío! ¡Qué lienzo más encantador! ¡Pues, y éste? ¡Qué delicadeza en colorido!... Juan Antequera es un hombre que siente el Arte. Y ya no se contenta con admirar estático, necesita tocar, acariciar con sus manos trémulas por la emoción la maravilla que ante sus ojos tiene. Sus dedos se posan

sobre una delicada figura de Se res... y, en esta posición, es sorprendido por el dueño de la casa que le amenaza con un revólver y le increpa duramente. Juan Antequera intenta dar una explicación de su conducta a la par que una alabanza para todo lo que ha visto, pero es tan amenazadora la actitud del nuevo personaje que, Juan Antequera, esbozando un gesto de indiferencia y de desprecio, intenta marchar, no huir, como falsamente se ha supuesto. Se lo impide el dueño de la casa y lo entrega a la policía. ¡Señores del Tribunal: Juan Antequera es encarcelado como un vil ladronzuelo y acusado por tentativa de robo! Una falsa interpretación de su conducta lo convierte de curioso y amante del Arte en ladrón frustrado.

He aquí lo sucedido: Yo, siguiendo los dictados de mi corazón y de mi cerebro, pido que sea absuelto Juan Antequera. Pido justicia y no dudo que la otorgaréis.

Señores del Tribunal: ¡Que no os veáis nublados en un caso como el de Juan Antequera!

¡He dicho!

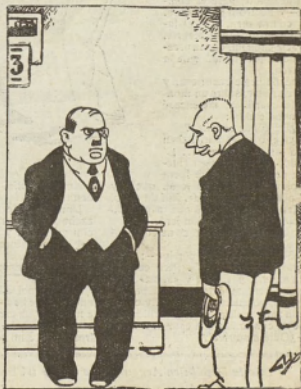
J. SANTUGINI Y PARADA



Dib. CISNEROS.—Madrid.

—¡Dos reales un globo, cuando hace unos días costaba a veinte céntimos!...

—Es que este es un artículo que ahora va subiendo.



Dib. UEDA.—Barcelona.

—¿Tiene usted condiciones para sereno de mi fábrica?  
—¡Sí, señor: tengo el sueño tan ligero que el menor ruido me despierta!



# ASPECTOS DEL BOXEO



En el *ring* se peleaban—es un decir—dos flacos chiclecos. Más bien se estudiaban. Largos minutos de expectativa. Solamente, cuando creían al rival en descuido, osaban alargar un puño hasta las cercanías de la nariz... Saltaban como comaritas bulevarderas. Sonreían de un modo continuo. Sudaban los pobres. Sin embargo, el público permanecía indiferente.

—¿Y esto es el terrible *boxeo*?—pregunté a un vecino de localidad.  
Sonríome despectivamente, y aplacó mi confusión con estas palabras:

—Son unos desventurados «rompetelones»... Lógicamente, nadie esperamos que llegue con éstos la sangre al río...

El *clou* de la velada está en los otros. Antolín y Fou-Fou, los que en estos momentos se estarán *visitiendo*, por contrasentido, para el combate—y se frota las manos, una contra otra, con el jabón de su dichosa alegría.

Hacia ellos fui, con la presteza de un propugnador de la key seca.

Idée fingirme reportero, y lápiz en ristre, sobre un montón de cuartillas, me encaré con uno de ellos:

—¿De dónde es usted?

—¿Pero si eso lo saben hasta las tanguistas?... Y cuidado que tardan en enterarse de lo que sucede fuera de los *cabarets*!... En total, que soy de Vallecas «la Morena». Allí da el sol de plano y castiga más que algunos «goma» en la rue de San Jeró...

—¿Cómo se desahogó en usted la afición a los golpes?

—Sepamos hablar—corrige—, a mí me gusta «propinarlos». Pero cuando llega alguno, paciencia y «saluz» para los que vengan detrás. Y al pastel, Ezequiel; yo quería ser torero, y como al con zancos llegaba al morrillo, me hube de conformar con este oficio...

—¿Odia a su rival?

—¿Yo?... ¡Por mí que le frian billetes de mil pesetas! ¿Por qué le voy a desear desdichas?...

En esto llega un «segundo» y corta la charla:

—Tú, Antolín, que ahí fuera te aguardan unos señores pa sacar unas «instantáneas» pa no sé qué periódico...

Antolín se incorpora. Flexiona sus brazos, polsárcicos, y los arroja con una mirada de infantil orgullo.

Mutis con paso marcial.  
Vamos en busca del contrario. El

mal. Le reté, porque ello significa lección, gasolina para el automóvil que acabo de mercarme, dinero... que en buen francés se llama la llave de las cosas...

—¿Se atreve usted a pronosticar el inminente combate? ¿Confía en la victoria?

—¡Pesh!—hace, encogiéndose de hombros—. Lo probable es que resulte *match nulo*. Mejor. Daría margen a un nuevo combate.

—¿Le entristecen las derrotas?

—Me duelen los golpes—replica—. Pero a todo se acostumbra uno...

—¿Ha sufrido usted alguna derrota grave?

—¡No, no!—rechaza vivamente—; siempre he percibido mis honorarios al fin del combate.

—¿Qué prefiere usted aparte del *boxeo*?

—Bailar. Por mi gusto, me pasaría bailando todas las horas del día. Tal es mi pasión, que a ratos, en el *ring*, me creo en un pulido *parquet*. Hay momentos que no sabe uno dónde agarrarse, e instantes, que sin la intervención del *referee*, la ilusión de estar bailando sería perfecta.

—¿Qué idea le domina cuando está combatiendo?

—Pienso en la muerte?

—Pienso en la cena que me espera.

—¿Odia a su contrario sobre el *ring*?  
—Detesto únicamente a quien impone que el *gong* suene continuamente.

No quisiera saber más. Antolín y Fou-Fou me parecían dos excelentes muchachos, dignos, por lo musculado de sus corazones, de todo encomio.

Y marché a mi localidad—primera fila de pista, a un metro escaso del tablado; quince pesetas fuerites—, con fiado en que no iba a presenciar lo que mi pusilanimidad temía...

LORENZO RODERO



mismo Antolín, sólo que dado de betón.

Una mata de pelo encarrujado, de azabache, circunda su testa. Sonríe con gentileza, y su mirada tiene algo del brillo fosforescente de los felinos en la noche.

Estamos frente al *stringent beater*, Fou-Fou.

—¿Qué mal le ha hecho Antolín para que usted le haya retado?—le pregunto a modo de un *crochet* a traición.

—¡Caramba!—exclama en perfecto francés—; a mí no me ha hecho ningún

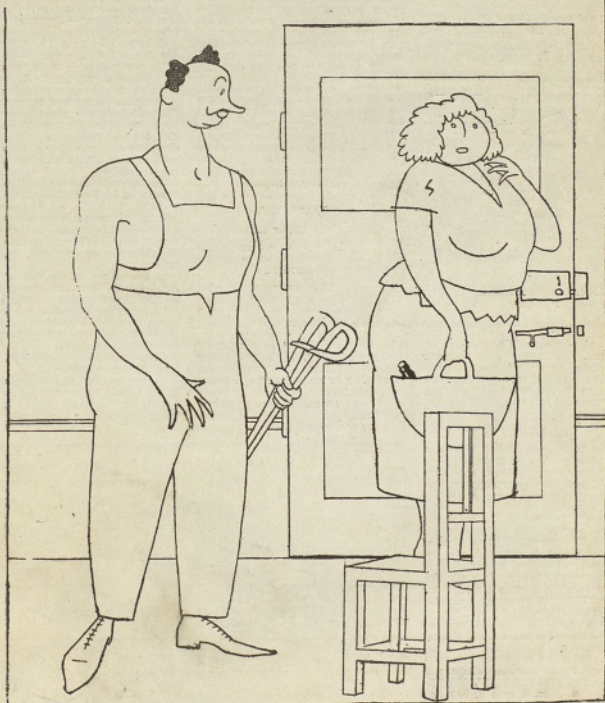
En la República Argentina se vende BUEN HUMOR en todos los quioscos, estaciones del

ferrocarril y subterráneo y en las oficinas de nuestro representante

A. MANZANERA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES

En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR

GALINDO



Dib. GALINDO.—Madrid.

EL ARTISTA DE CIRCO, QUE SE TRAGA LOS SABLES:

—Gertrudis: no traigas para cenar sardinas que ya sabes que las espinas me hacen daño en la garganta.



DRAMA COMERCIAL, por Cami.

## ACTO PRIMERO

Un extraño almacén.

(La escena representa una calle.)

EL ADMIRADOR DE ESCAPARATES.—Todos los días, mi señora y yo recorremos las calles de nuestro barrio para



(De Fife, Nueva York)

NOÉ.—¡No pueden ustedes entrar, tenemos ya otra pareja de pulgas!

contemplar los escapates de los almacenes, (parándose bruscamente). ¡Oh! ¡Cruel desilusión! ¡Nuestro escapate preferido, el de la joyería, no nos ciega con sus mil destellos esta noche. ¡Está cerrado! ¿Qué ocurrirá?

LA MUJER DEL ADMIRADOR.—¡Fíjate! Hay un cartel en la puerta. Leamos; (leen):

«Para mayor seguridad, la joyería se ha trasladado al sexto piso. Para mirar los escapates del establecimiento, pida la escalera al portero.»

EL ADMIRADOR DE ESCAPARATES.—¡Ah! Ahora comprendo por qué la multitud de transeúntes se agolpa en la acera de enfrente con la vista fija en el sexto piso. ¡Es extraordinario! Los escapates brillan debajo del tejado y el joyero toma el fresco, asomado a la puerta. Vamos a la portería, a que nos den la escalera (entran gritando en el portal). ¡Eh! ¡Portero! ¡La escalera, haga el favor!

EL PORTERO.—¡Va! ¡Va! No hay derecho a tenerle a uno todo el tiempo sacrificado con la maldita tienda del sexto. ¡Ah! ¡Seguramente no le romperán ahora las virinas, allá arriba. ¡En fin! ¡Aquí está la escalera! ¡Pueden subir! (los dos admiradores suben por la escalera de manos que les ha traído el portero).

VOZ DE INQUILINO DESCONTENTO.—¡Estos animales de transeúntes! ¡Desde que la joyería se trasladó al sexto

piso, ni siquiera puede uno lavarse los pies sin testigos!

EL ADMIRADOR DE ESCAPARATES (subido en la escalera, con dignidad).—¡Creo que hay derecho a mirar los escapates cuando se pasa por la calle! ¡Ah, ya hemos llegado! ¡Oh las deslumbrantes joyas! ¡Los cegadores aderezos! ¡Los rutilantes colares!

LA MUJER DEL ADMIRADOR.—Sí, pero los precios son demasiado altos y me da vértigo. ¡Bajemos!

(Bajan. Otros transeúntes los reemplazan en la escalera y suben a admirar los escapates de la joyería del sexto piso.)

## ACTO SEGUNDO

Error fatal.

La escena se presenta en el interior de la joyería del sexto piso.

EL JOYERO PRUDENTE.—¡Al fin estamos al abrigo de los ladrones! Si siguiesen en mi ejemplo todos los joyeros...

LA ESPOSA DEL JOYERO PRUDENTE.—¡Oh! ¡Mira! ¡Allí! ¡Allí! ¡Delante del escapate! ¡Un autol! (En efecto, un autómovil se ha parado ante el escapate de la joyería del sexto, un brazo armado de un martillo surge por la portezuela y rompe el cristal, mientras que otra mano, rápida, atrapa las

más preciosas joyas. Después, el auto desaparece.)

EL JOYERO PRUDENTE, (abriendo la puerta de la tienda del sexto y precipitándose a la calle).—¡Ladrones! ¡Ladrones! (Se estrella contra el pavimento.)

COBO DE TRANSEÚNTES.—¡Qué extraño! ¡Mira! ¡Un auto suspendido de un avión por cables de acero, se aleja a toda velocidad por encima de los tejados y desaparece entre las nubes.

EL JOYERO PRUDENTE Y AGONIZANTE.—¡Son mis ladrones! ¡Un avión no podía acercarse a los escapates por las alas. Pero los miserables han tenido la diabólica idea de colgar su auto de un aeroplano. ¡Ah! ¡Fue un hermoso vuelo planeado!

EL AGENTE.—Bueno, pero ¿por qué delante se ha precipitado usted en el vacío?

EL JOYERO PRUDENTE Y AGONIZANTE.—Al ver ese maldito auto delante de mi tienda, mis ideas se han revuelto y me he creído todavía en el piso bajo y... (muere).

LA ESPOSA DEL JOYERO, (a los reporteros).—¡Oh! ¡He de vengar a mi pobre marido! ¡Pueden ustedes poner en sus periódicos que ofrezco como recompensa un soberbio salto de cama de fieltro vellorí, a quien me traiga las cabezas de los bandidos.

COBO DE TRANSEÚNTES.—¡Noble gesto! ¡Sublimes palabras!...

LA ESPOSA DEL JOYERO.—Además, pongan. Nota importante: las cabezas traídas sin las joyas, no dan derecho a la recompensa.

A. R. H.



(De Juzge, Nueva York.)

ELLA.—¿Me permites que me siente en tus rodillas?

EL.—Mira, hijita, tengo mucho quehacer; llama a mi criado...

# CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

## BUEN HUMOR

APARTADO 12-142

MADRID

Vale.—(No vale) Zigomar.—Aceptado. Es gracioso, sí, señor. Tome usted lo que quiera (por su cuenta). Monsieur Cochín.—Usted es Cochín, pero el cuento que nos envía es cochín, y no podemos publicarlo.

## ALBERTO RUIZ

JOYERIA.—CARRETERA, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

A. L. D. Madrid.—[Tan cerdo como el anterior.]

Z. S. O. Madrid.—Frunzo el entrecejo, arrugo las fosas nasales, echo chispas por los ojos,uerzo la boca, me mero los escasos cabellos y arrollo al cesto sus cuartillas. ¡Una escena de drama épico, como usted habrá visto!... ¡No ha podido ser otra cosa!...

Mulata, Barcelona.

Su soneto es una lata

y un esperpento completo.

Por lo tanto, su soneto va al cesto, señor Mulata.

## PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIDUA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Niñón de Lencón.—[¡Adiós, Niñón!... Y si puede ser buemante, no vuelvas más por aquí...]

K. T. O. Madrid.

Eso del azar de Né es más viejo que Noé.

«No, eh?». [Pare si, así... ¡En esta casa no tiene razón nadie más que nosotros.]

R. Ch. B. Madrid.—[Las veces que le llamarían a usted bruto los lectores, si publicásemos su cuenta]

Les usó "Vida Madrileña"

Ausente en

Oficina: Fuencarral, 166

Director: DOZ DE LA ROSA

to!... ¡Tantas serían y tan fuerte se lo llamarían, que, para evitar disgustos que pudieran ser demasiado gordos, no lo publicamos!... ¡Y si puede usted estar agradecido, porque le hemos librado de una buemante!...

M. O. T. Madrid.—[Eso es impropio de un hombre civilizado y sensato. Usted, ¡claro!, naturalmente, no será ninguna de las dos cosas.]

P. L. M. Madrid.—[Vii, beañi, cerril, un poco zacampli y, desde luego, nada original.]

Un viudo.—[Le acordásemos a usted un síntetismo, ¡Es lo único que podemos hacer, publicar su artículo es imposible. De hacerlo,



Para la limpieza de los dientes — Cura el dolor de muelas — Evita el sarro. Perfuma el aliento.

CORTÉS, HERMANOS. — BARCELONA

sería usted el que tendría que acompañarnos a nosotros en nuestra lamentable e irreparable pena.

P. T. Madrid.—[Esta Redacción agradece con frenesí patético su fertilización pescal. No puede hacer lo mismo con sus dos trahis porque ambos a dos son bastante delicenciosos. Otra vez será. A usted aquí se le quiere con efusión, ¡qué caramba!]

A. de V. Cédula 40.779. Madrid.—[No estamos de acuerdo con su punto de vista literario. La vida está llena de incompleciones así. ¿Qué arco de existencia?]

P. D. V.—[No podemos publicar sus versos, pero como usted nos ruega que, de no publicarlos, le digamos la causa, allá va: la causa es criminal, o más claro, que su com-

pañero gastamos el dinero en giras o corrillos, que tendrían que correr de su cuenta y le saldría a usted muy mal la idea. ¡Bien está que paguemos a todo el mundo, pero que hagamos frecuentes viajes a los diversos sitios de España para llevar el dinero a los caballeros que nos honran, sería ya una insensatez primaveril!]

Querido señor Tormento: ¿qué maladero es su cuentil! Beñé Chileo — Vale menos que un céntimo que no toca.

## AMADOR

FOTOGRAFÍA

Puerta del Sol, 13

Rafael.—[No es por ahí! Balfasar.—[No es por ninguna parte!]

R. G. P. Barcelona.—[Es idiota y un poco pesillento. ¡Sus y al cesto! H. M. Guadalupe.—[Escribe usted bastante poco que Romano-

Sostenes IDEAL PRESA

Fajas de goma

Santa Encargia, 64

(próxima apertura).

Casa central: Fuencarral, 72.

nes. ¿Cómo ha podido usted llegar a ese invento?

A. M. Palma de Mallorca.—[Quedan rotundamente admitidos sus dos dibujos. Los podrá usted co-

## Bodegas de los CEAS

Beñé Licor Benedito, Anís Santa Margarita y Anís de

Alberto Aguilera, 23. Teléfonos 10-50

brer en seguida que los vea publicados en nuestros inenarrables páginas.

M. Palma de Mallorca.—[En el sobre donde vienen encerrados sus estendidos versos, vemos un sello que dice: aprenda el viudo esperando... Hemos obedecido y lo-

vamos a aprender con una velocidad desusada, hasta el extremo de que ya hemos publicado un anuncio solicitando un profesor que sea barretito.

Ahora bien: en justa correspondencia, le suplicamos a usted que

## SASTRERÍA LORITE

Corredera Alta, 19

Trajes y gabanes desde 35 pesetas

aprenda el idioma castellano. Es la única manera de que no vuelva usted a fracasar en sus empresas literarias tan ruidosamente como acabó usted de fracasar ahora con sus rimas prodigiosísimas y un tanto concisas por fortuna.

## FAJAS DE GOMA

Sostenes IDEAL

PRESA Fuencarral, 72.

Teléfono 48-00.

Gitanillo.—[¿Qué mala entraña tienes!... ¡Calorze cuartillas escritas por los dos lados!... ¡No nos fallaba más que las hubieras escrito por los tres!...]

A. P. D. Madrid.

El crimen de don Ovidio es una cosa capatosa.

Más claro: que es una cosa como para ir a presidio.

Pero para ir a presidio usted, no el pobre e informado don Ovidio que no tiene la culpa de nada, y así que nosotros defendáremos siempre con todas nuestras fuerzas.

# ALHAJAS

Se compran para casa extranjera, pagándolas espléndidamente. Puerta del Sol, 11 y 12, segundo derecha.

Horas, de once a una y de cuatro a seis.

# EL BUEN HUMOR EL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre advierte el interesado: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

## El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Miscelánea.

Un amigo pregunta a otro:

—¿Dónde estuviésteis el verano pasado?

—En Nápoles—contesta el segundo—. Fui allí con el propósito de pasar una larga temporada y de paso cobrar un dinero que me adeudaba un amigo. Pero el hombre propone y Dios dispone. No puedes imaginarte el maso que pasó.

—¿Pues?

—El mismo día de mi arribada a Nápoles, el Vesubio empezó a vomitar grandes torrentes de lava. En vista de esto, decidí salir cuanto antes con mi amigo e inmediatamente después poner los pies en polvorosa. Me dirigí a su casa y, contra lo que yo suponía, se hallaba ausente. Es decir que me llevó una plancha. Volví al día siguiente y me sucedió tres cuartos de lo mismo. Segunda plancha. Dejé transcurrir una semana, pero el Vesubio, lejos de calmarse, arreciaba cada vez más en sus igneas provocaciones. Torné a casa de mi amigo y... nueva y tercera plancha. Resumiendo: que así nos pasamos un mes; el volcán lava que lava y yo, plancha que plancha.

Leandro Reyes Santa-Paz.

—¿Cuál es el edificio peor construido en la Gran Vía?

—El teatro Fontalba, porque el mismo día de su inauguración se le cayó la fachada.

Cirilo Felto.

—¿Que te trae loco una muela?

—¿Cuidado que eres pipitolo!

—¿Por qué dejas que te duela habiendo Licor del Poio?

Chiste atrevido.

—¿He visto usted qué calor hace?

—Querrá usted decir qué calorazo.

Perico.—Madrid.

—¿En qué se parece el aguardiente malo a la canción de *El Gitano*?

—En que quema la entraña...

El Orelas.—Madrid.

—Un músico ambulante va por la calle tocando el violín.

Una guardia municipal le interrumpe:

—¿Qué música.—¿Tiene usted permiso?

—El músico.—No, señor.

—¿Qué música.—Entonces, acompañeme usted.

—El músico.—Con mucho gusto, ¿qué quiere usted cantar?

Antonio Gandía.

En el confesionario.

—Acústate, padre, de haber robado un reloj.

—¡Oh, hijo mío, en qué mala hora lo has hecho!

—En ninguna, padre, el reloj estaba parado.

Asunción L. de Medrano.

En el metro:

—¿Haga usted el favor de no fumar.

—¿Por qué?

—¿Por qué?—¿Porque está prohibido. ¿No ve usted lo que dice ese cartel? «Se prohíbe fumar.»

—¿Viajé.—¿Si fuera uno a hacer caso de los carteles... ¡También dice ese otro—que me pargue con Carabá».

Tinamé.—Madrid.

En el mercado:

—¿Deme usted quince céntimos de queso.

—¿Dependiente.—No podemos despachar menos de trece.

—¿Dependiente.—Es igual, démoslos usted.

—El dependiente se le ríe en los dos lados, dele una sobre el mostrador con los quince céntimos y alejándose con la otra mitad le dice:

—¡Ah! tiene usted: quince céntimos en queso y quince en moneda suman treinta.

Ventura.—Barcelona.

—¿Cuál es el colmo de un pipitolo?

—¿Que él sea comadán, casarse con la duquesa Minerva, imponerse a ésta, tener los hijos por especiosos y que éstos sean gordos.

Zereux.—Madrid.

—¿En qué se parecen un bicho inmundado, un hombre provocador, el nombre de una mujer, un Tribunal eclesiástico y el derrotero que sigue un barco?

—En que el bicho es rata; el hombre provocador, rata; el nombre de mujer, Rita; el Tribunal eclesiástico, Rota, y el derrotero de un barco, ruta.

Potolero.—Burgos.



**MEDEL**  
**GRAN VÍA, 18**  
**JUQUETES**  
**COCHES DE NIÑO**

Contrataron una banda de música para las fiestas de un pueblo, en el cual tenían fama de brutos.

Al disponerse a tocar, el director se puso blanco como el papel y gritó:

—¡Mirar lo que nos dicen! señalando para un pozo de luz que había enfrente. —No tocar, peligro de muerte.

A. G. R.—Granada.

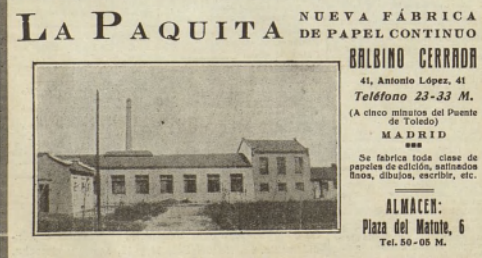
Entre amigos:

—¿Quién te hace las corbates?

—Otro.—¿Mi patrona; si quieres te delo el patrón.

—¿En tal caso, tu patrona.

Andrés Ramón (El Madrileño).



**LA PAQUITA** NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO  
**BALBINO CERRAÑO**  
41, Antonio López, 41  
Teléfono 23-33 M.  
(A cinco minutos del Puente de Toledo)  
**MADRID**  
Se fabrica toda clase de papeles de edición, setados, libros, dibujos, escribir, etc.  
**ALMACEN:**  
Plaza del Matute, 6  
Tel. 50-05 M.



**HERNIANS**  
Bragueros ríen tídicamente  
J Campos  
Onice MEDICO  
ORTOPEDO  
de MADRID  
Luzarte Figueroa 8

Cuál es la cosa que de masculino pasa a ser femenino.

El pipilo; que pasa a ser collita.

L. H. P.—Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN  
Provinciales, 12.





# CREMA

# LIDA

## RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID

